

Artículo de Revisión

# Luces y sombras en la Acción Humanitaria

Consuelo Giménez Pardo<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Directora de Cooperación para el Desarrollo Universidad de Alcalá; E-mail: coordina.cooperacion@uah.es

Recibido: Octubre 2016; Aceptado: Noviembre 2016; Publicado: Marzo 2017

---

**Resumen:** A lo largo del presente trabajo, se realiza una reflexión actualizada sobre diversas cuestiones que afectan a la calidad de la Acción Humanitaria. Cuestiones como la formación de los profesionales de la ayuda, el estrés generado debido a la cantidad de tiempo que éstos permanecen en zonas de conflicto, la ética en la toma de decisiones, la diversidad de organizaciones y la necesidad de búsqueda de un conjunto de valores comunes. Cuestiones como la relación entre las organizaciones de ayuda y los gobiernos autoritarios, las prioridades de la ayuda sobre el terreno y quién toma las decisiones; si los interesados de los países afectados intervienen de manera adecuada en la toma de las decisiones que les afectan ante una catástrofe, la reticencia a la presencia militar, la utilización de la ayuda con fines políticos y las organizaciones con agendas ocultas. También se reflexiona sobre los casos de corrupción de la Acción Humanitaria y la Cooperación para el Desarrollo como mecanismo de prevención de las crisis humanitarias, sometida en los últimos tiempos a una profunda revisión.

Una reflexión sobre las luces y las sombras en la Acción Humanitaria.

**Palabras Clave:** Acción Humanitaria; Cooperación para el Desarrollo; Profesionales Humanitarios en Terreno.

**Abstract:** Throughout the present work, an updated reflection is made on various issues that affect the quality of Humanitarian Action. Issues such as the training of aid professionals, the stress generated by the amount of time they remain in conflict zones, ethics in decision making, diversity of organizations and the need to search for a set of values Common. Issues such as the relationship between aid organizations and authoritarian governments, aid priorities in the field and who makes decisions; Whether stakeholders in affected countries are adequately involved in making decisions that affect them in the face of catastrophe, reluctance to military presence, use of aid for political purposes and organizations with hidden agendas. It also reflects on cases of corruption of Humanitarian Action and Cooperation for Development as a mechanism for the prevention of humanitarian crises, which has recently undergone a thorough review.

A reflection on the lights and shadows in Humanitarian Action.

**Key Words:** Humanitarian Action; Development Cooperation; Humanitarian Professionals.

---

## 1. Contexto

Habitualmente ante una crisis humanitaria se movilizan más de doscientas mil personas, lo que supone un gasto de más de quince billones de dólares por año. Una ayuda que se distribuye tanto en relación al contexto y a los recursos disponibles, como a la relación coste-beneficio de una organización en cuanto a la intervención específica; aunque también intervienen otros factores como son los mandatos de la propia organización, la responsabilidad, los expertos disponibles, la capacidad, el impacto y la política interna y externa de la misma [1, 2].

Sin embargo, otros autores proponen otros factores como son: i) la intensidad con que los mass-media cubren la noticia, ii) el grado de interés político, particularmente relativo a la seguridad,

que los gobiernos tienen en una región concreta y iii) la fuerza que tiene la presencia de ONG humanitarias internacionales, con experiencia en Acción Humanitaria, presentes en el país [3].

Las organizaciones que, a nivel global, se encargan de distribuir la ayuda en casos de desastre son de tres tipos: i) las que dependen de los gobiernos (como por ejemplo USAID, *United States Agency for International Development*), ii) las que realizan una labor mixta, coordinadas con la ONU (como puede ser la UNDP, *United Nations Development Programme*), y iii) las organizaciones independientes, que subvenciona la comunidad internacional, la OMS y los donantes [4, 5].

Como vemos, la mayoría de las acciones humanitarias las llevan a cabo organizaciones que trabajan en colaboración con Naciones Unidas, pero en ésta también actúan militares y algunas entidades comerciales. En el caso de la colaboración con militares, desde el inicio se han generado molestias entre los grupos de trabajo humanitario, si bien es cierto que su acción está limitada a situaciones post-conflicto y solo en casos muy concretos, como es el caso de la ayuda proporcionada para mejorar la salud de las poblaciones civiles afectadas [6, 7]. Esta fuerte reserva hacia las actuaciones militares es así porque, en líneas generales y dentro de la necesidad de que la Acción Humanitaria sea neutral, se considera a los militares como defensores de la neutralidad y seguridad solo de su propio *staff*. Si bien es cierto que su acción sí es valorada cuando los trabajadores están en riesgo de intimidación seria (secuestro o asesinato), cuando emergen grupos paramilitares (terroristas e insurgentes), en fases de lucha post-guerra o estableciendo corredores de Acción Humanitaria, críticos para que pueda desarrollarse la ayuda [8, 9]. Hablaremos de este tema un poco más adelante a lo largo de este artículo.

Una de las cuestiones que más preocupa a las diferentes organizaciones humanitarias tiene que ver con que a menudo operan en ambientes hostiles y sus trabajadores sufren una serie de riesgos que han aumentado mucho en los últimos años, sobre todo con el creciente aumento de organizaciones que operan y realizan trabajos en el terreno. Cuestiones como la diversidad en los mandatos de las distintas organizaciones, los estándares de seguridad y la limitada coordinación entre las agencias, suponen muchas veces un *handicap* para el desarrollo y la seguridad en la ayuda [10].

En el trabajo en contextos de emergencia, donde se mueven muchos de los bienintencionados actores humanitarios valores como la independencia, la imparcialidad, la prevención, la promoción de la ayuda, la salud y el bienestar no son fáciles de implementar, pues aquí convive el hecho de salvar vidas con el tema de la seguridad personal y muchas veces los trabajadores humanitarios han de elegir. Hacer las cosas bien supone mucho más que buenas intenciones y los dilemas surgen con frecuencia ya que la Acción Humanitaria es limitada y casi siempre tiene que ver con decisiones programadas [1].

Decisiones que a veces implican acciones a largo plazo. Así, en el caso de las agencias de las Naciones Unidas, que son las que emplean a la mayoría de expertos técnicos, mencionar que estos expertos permanecen en las zonas de conflicto y/o desastre durante periodos de, a veces, más de cinco años. Y esto es mucho tiempo. Conviene recordar que, por su alta permanencia, los trabajadores humanitarios en terreno sufren con mayor frecuencia muertes, evacuaciones médicas, hospitalizaciones... etc. siendo uno de los colectivos de trabajadores más expuesto a la violencia [11, 12].

Pero, aparte de la violencia, uno de los principales problemas que se plantea entre los equipos de trabajo humanitario, nacionales y expatriados, es el hecho de trabajar con una alta intensidad de estrés ya que, entre otras cuestiones, están expuestos al sufrimiento humano a gran escala y a condiciones de seguridad complicadas; ambas cuestiones inciden en que se genere un gran estrés psicológico a lo que además se une el tener que debatirse entre hacer lo que uno cree adecuado o la necesidad de hacer una elección no tan adecuada y que además no encaje con lo que uno cree adecuado que ha de hacer [13-15].

Las características, motivaciones, ideologías, experiencias y perspectivas de los trabajadores humanitarios aparecen recogida en diversos trabajos en los que se evalúan de manera cualitativa varias cuestiones de este colectivo y en los que se dejan traslucir las tensiones que existen entre la teoría filosófica de la Acción Humanitaria y la práctica. De hecho, en los estudios llevados a cabo con

diferentes trabajadores de Acción Humanitaria, se observó que éstos mostraron niveles de ansiedad más altos tras 3-6 meses de la vuelta de las misiones que previo a las mismas. Estrés psico-social que hace necesario trabajar para asegurar la salud y la seguridad de los trabajadores de Acción Humanitaria [16-18].

Inciendiando en otras causas que contribuyen al estrés generado, éste ocurre porque muchas veces las respuestas ante los desastres han sido ineficientes e inefectivas ya que, a pesar de que la intervención exitosa de las agencias humanitarias que procuran asistencia y evacuación de los civiles y proveen de cuidados en la salud, se asiste a las poblaciones durante un tiempo demasiado largo. Otras veces la ayuda que realizan los profesionales humanitarios está cerca de los límites de sus competencias y esto genera estrés moral. La respuesta ética a los dilemas que se plantean en terreno requiere estar familiarizado con los códigos éticos de conducta [19, 20].

Como vemos el largo tiempo de permanencia en zona de conflicto es uno de los grandes ítems que preocupa a este colectivo de trabajadores, pero no el único.

Así, otra de las cuestiones que demandan los trabajadores de Acción Humanitaria es formación. Formación y profesionalidad entre los profesionales de la ayuda con el fin de dar una mayor calidad en la respuesta, requiriéndose ésta como una auto-exigencia de las propias organizaciones humanitarias. Sin embargo, hasta la fecha, no existe un aparato profesional que promueva la creación de un sistema de certificación internacional que acredite como tal a los trabajadores de la Acción Humanitaria [11].

La formación previa de los trabajadores humanitarios es una cuestión muy importante. De hecho, la mayoría de las organizaciones desarrolla sus propios cursos cortos (cursos de verano, cursos de ensayo con supuestos prácticos...etc.), a veces con demasiada información, con el fin de formar a sus trabajadores, intentando armonizar las directrices de la organización con las necesidades de la comunidad en las que se va a realizar la acción. Es en este momento cuando se aprovecha para impartir los valores éticos que guían las estrategias de las organizaciones [21].

Ante un panorama bien definido, y otras cuestiones que no lo están tanto, es cuando se hace necesaria la intervención de la ética en la Acción Humanitaria. Algunos autores proponen que el análisis ético debería ser una parte esencial de la práctica humanitaria porque, tal y como explican otros autores en la misma línea, esa respuesta frente a los desastres y a la emergencia humanitaria ha de basarse en unos principios éticos. De la misma opinión son otros autores al considerar que los espacios en los que operan los actores humanitarios son limitados y muy frágiles de manera, continúan, que todos los compromisos adquiridos en relación al impacto de la intervención han de ser tratados bajo el prisma de los principios éticos [22-24].

Sin embargo, a menudo, los problemas éticos se reducen a cuestiones de manejo geopolítico como por ejemplo ocurre con el hecho de asistir a las poblaciones en contextos con acceso limitado, pero es que, debido a las condiciones de seguridad en el trabajo en terreno, las organizaciones de Acción Humanitaria son incapaces de confirmar si toda la ayuda llega a las poblaciones que la necesitan. En este caso, si nos olvidamos de la ética de la ayuda, las decisiones pueden hacerse de manera discriminatoria [25].

Hemos de tener en cuenta que las prioridades de los donantes están influenciadas por factores geopolíticos y por directrices extranjeras que también influyen en qué proyectos se quedan. Esto hace que autores se planteen cómo de importante es la neutralidad en las organizaciones de Acción Humanitaria. A menudo las decisiones de establecer un proyecto en ciertas áreas en relación a otras tienen que ver con la visibilidad de los que aportan. Esto hace que algunos autores argumenten que la mayoría de las veces los gobiernos donantes ayudan en operaciones que geográficamente están cerca, que además son políticamente compatibles y que suelen estar relacionadas con países exportadores de petróleo. Este autor, finalmente, se plantea que, a la hora de planificar la Acción Humanitaria, las cuestiones políticas parecen ser más importantes que las necesidades reales de las poblaciones [26-28].

Otro problema que se plantea a menudo en las diferentes organizaciones de Acción Humanitaria es cómo articular la relación entre éstas y los estados autoritarios; relaciones complicadas que limitan cómo negociar el acceso a las zonas de conflicto con el fin de poder realizar

las operaciones previstas. En este sentido la lógica indica la necesidad de construir alianzas con los diferentes actores y esperar, a veces demasiado tiempo, a que sean aceptadas las medidas propuestas para poder actuar. Un espacio frágil en el que siempre hay que considerar y anteponer los principios éticos [24].

Por cuestiones de logística, las organizaciones humanitarias, ante una catástrofe que suponga una emergencia, priorizan a las poblaciones en crisis necesitando para ello aportes económicos extra y trabajando en poblaciones que ya arrastran previamente problemas crónicos de deterioro de infraestructuras. Cuando ocurre una emergencia humanitaria, o la aparición de crisis reemergentes causadas por la pobreza, el desplazamiento de las poblaciones conlleva, en una región concreta, la disminución en el acceso al agua potable o el adecuado saneamiento, e interviene alterando los ya frágiles servicios de vigilancia, de vacunación, de salud materno-infantil y/o de programas de salud mental, establecidos en la región. La destrucción de los países frágiles afectados por conflictos aumenta la mortalidad de la población civil [29].

Todo esto sin contar con el efecto que causan unos actores que emergen recientemente en el panorama internacional, muy aceptados ante la opinión pública general por su carácter altruista, como es el de los filántropos, personas capaces de invertir ingentes sumas de dinero en programas de control de enfermedades específicas (como por ejemplo malaria, VIH/SIDA, tuberculosis) y que sin embargo dejan de lado programas de salud prioritarios para los países en vías de desarrollo, todo lo cual contribuye a aumentar más los problemas en determinadas regiones.

Ante una catástrofe humanitaria es necesario organizarse y organizar bien, siendo básica la etapa previa de recopilación de datos y análisis con el fin de dar una respuesta más eficaz y eficiente ante la crisis. En este sentido algunos autores, hablan de debilidades en las etapas de recopilación de datos y plantean que se obtendría una mejor respuesta ante las necesidades si se utilizasen datos desglosados por edad y sexo. Quizás fuera bueno contar con el trabajo previo que realizan las organizaciones de cooperación para el desarrollo que trabajan en la zona y actuar de una manera coordinada [30].

Ante una crisis humanitaria es cuando los gobiernos han de contar con toda la comunidad humanitaria (autóctona e internacional) y solicitar ayuda también de la logística militar, con el fin de proveer de servicios esenciales pese, y ya hemos hablado de ello con anterioridad, a las reticencias que genera esta presencia. Es en estos casos cuando hay que revisar y ajustar las operaciones emprendidas porque entonces, ¿es necesario reducir los fondos a los proyectos que apoyan a las situaciones crónicas en beneficio de la nueva crisis humanitaria? ¿Se tratan unos proyectos de manera preferencial mientras otros se interrumpen? Y si es así, ¿qué criterios han de seguirse en la toma de estas y otras decisiones similares? ¿La urgencia? ¿La necesidad? ¿El tamaño de la población? ¿La localización? ¿Consideraciones políticas? ¿Otros factores? ¿Cuáles? [31].

Hemos de tener en cuenta que las decisiones, muchas veces, las toman un grupo reducido de personas, a puerta cerrada, sin que intervengan los interesados de los países afectados y, la mayoría de las veces, sin relación con las políticas de transparencia y de rendición de cuentas. En este caso, el de rendición de cuentas (*accountability*, en inglés), mencionar que no existe una definición clara globalmente aceptada en el contexto humanitario, a pesar de que los instrumentos para medirla que se han puesto en marcha desde 2002 a 2012 se han triplicado (pasando de 42 a 147). Es por tanto necesario que los profesionales del terreno, como trabajadores de la Acción Humanitaria, pero también desde todos los ámbitos, incluido el académico, consideremos los principios éticos en la toma de decisiones. La ética ha sido hasta ahora la gran olvidada de los procesos [32, 33].

Preguntándome y preguntando por qué ocurre esto, y una vez analizados diversos factores, una de las razones del olvido de la ética, algunas veces, parece tener que ver con que los directivos de las operaciones humanitarias no están debidamente entrenados en este tema. Otras veces no es una cuestión de olvido de la ética y lo que ocurre es que la toma de decisiones se hace por asunción de que la evidencia debe existir, aunque puede que esa evidencia en concreto no sea relevante en ese desastre en concreto. Así, algunos autores han basado sus trabajos en identificar las evidencias y prioridades, preguntando a profesionales en terreno de todo el mundo cuales son las prioridades sobre las que planean las respuestas frente a los desastres naturales, crisis humanitarias u otras

emergencias sanitarias, estableciendo 30 prioridades básicas (EAPSG: *Evidence Aid Priority Setting Group*).

Es necesario que los directivos tengan formación en estos temas porque, ante un desastre, las poblaciones afectadas son sujeto de una ayuda externa de la que pueden o no beneficiarse, dependiendo de quién haga de altavoz de sus necesidades. Así en las decisiones sobre cuando abrir o cerrar un proyecto priman diversas consideraciones, entre otras: la necesidad, la capacidad de responder, las implicaciones de seguridad y el valor de la respuesta en relación a la contribución de los gobiernos y de otras organizaciones. Más que nunca son necesarios criterios que, como la transparencia y la relevancia moral de los argumentos, justifiquen las decisiones y que éstas puedan modificarse según se vayan aportando nuevas informaciones procedentes de los profesionales que están en el terreno. Informaciones para las que las organizaciones han de mostrarse con una actitud permeable [34, 35].

Como hemos comentado anteriormente, a veces los recursos humanitarios se utilizan según cuestiones políticas. Además, otras muchas veces, las organizaciones que trabajan en terreno y actúan en conflictos armados no trabajan de manera previa con los diferentes actores la aceptación de la Acción Humanitaria, cuestión básica para establecer la protección de los profesionales humanitarios que la desempeñan. Esto se ve por ejemplo en los casos en los que se ha de realizar una distribución de alimentos, muy importante en aquellas áreas donde la alimentación de la población es insegura. Así, una ayuda alimentaria efectiva requiere de una intervención prolongada en el tiempo, pero acompañada de vigilancia ya que, si esto no es así, se corre el riesgo de no favorecer a la población que lo necesita, sino de aumentar el acceso de la ayuda a otros grupos como son los líderes locales, facciones políticas o rebeldes. Toda esa mala gestión y/o planificación genera malestar en la población, en los propios trabajadores y, de cara a una opinión pública cada vez más necesaria para sostener la ayuda, se consigue que se acabe por no entender el objeto de la actuación.

Obvia decir que, en el caso de la ayuda alimentaria, como en otros tipos de ayuda, cada año mueren de manera prematura unos veinte millones de personas por causas que tienen tratamiento, incluidas las enfermedades infecciosas y las deficiencias nutricionales. Las muertes ocurren en primer lugar entre los ciudadanos más pobres de los países en vías de desarrollo, muertes que pueden prevenirse con una pequeña inversión económica. Muertes, las prevenibles, que son totalmente innecesarias [36].

Quizás la prevención sea una de las mejores maneras de trabajar a la hora de evitar crisis humanitarias interviniendo allí donde se necesite en los países que, con políticas inestables y situaciones sociales de fragilidad, demanden. Conscientes de que los problemas de los diferentes países son problemas estructurales que necesitan la intervención de las instituciones internacionales y, a pesar de las críticas recibidas, es la cooperación para el desarrollo la que juega un importante papel en la prevención de catástrofes. Si bien, tal y como apunta Serge Halimi (*Le Monde Diplomatique*, 2011), los gobiernos han destinado en los últimos años más recursos a salvar los bancos que el mundo ha invertido en medio siglo para ayudar a los países pobres.

Sin embargo, la cooperación para el desarrollo, no el trabajo de los cooperantes, lleva unos años en el punto de mira, sumida en una crisis estructural en la que, ante el planteamiento de una serie de problemas de fondo y ante el abordaje de un cambio de paradigma, se entiende que no solamente es necesario invertir en más ayuda internacional. Tras años de trabajo, son muchas las voces que hablan de un sistema que ha fracasado, ya que durante años la cooperación para el desarrollo ha sido vista de manera asistencial, todo lo cual ha prolongado la situación de dependencia y mantiene las causas del subdesarrollo en muchos países; críticas en cuanto a que las organizaciones no gubernamentales actúan como un instrumento de "neocolonialismo" ya que la toma de decisiones se realizan a niveles de grandes organismos como la ONU, el FMI o los gobiernos de las grandes potencias, de manera que el concepto de ayuda no es tanto en relación a las necesidades de los países pobres sino en qué beneficios podrían obtenerse a cambio de ellos. De esta manera, se trataría de dar salida a la crisis de los países del Norte, interviniendo con nuevas oportunidades de comercio en los países del Sur extrayendo sus recursos materiales, cobrando los intereses de la deuda.

Necesario pues un cambio de mentalidad, en el que algunos autores hablan de un concepto de crecimiento económico, pero no como meta final del desarrollo; hablan de un tipo de desarrollo no dictado por los intereses de la acumulación mundial de capital sino más basado en reconocer la diversidad y multiplicidad de visiones sobre la sociedad, la economía, la cultura...etc. Como vemos un cambio de paradigma que afecta también a la Acción Humanitaria. Dos caras de la misma moneda [37].

Pero mientras la cooperación para el desarrollo piensa y se reinventa, reflexiona y se readapta a las nuevas realidades, actúa y trata de prevenir las situaciones, surgen nuevas y resurgen otras viejas crisis humanitarias a las que hacer frente.

Quizás una de las actuaciones más visibles en la Acción Humanitaria sea la de los profesionales sanitarios. En este caso la preparación depende de las organizaciones, que son las responsables de que su staff esté bien preparado para el trabajo en terreno. En esa preparación ya se incluye la ética, así que quizá los trabajadores de salud sean de los mejores preparados para responder de manera eficaz a situaciones de cambio ético; si bien es cierto que pocos reciben educación ética en base a la realidad del trabajo humanitario en el terreno [38].

Pero volviendo a las cuestiones sobre ética en el caso de la salud, hemos de tener en cuenta que muchas organizaciones de Acción Humanitaria tienen programas de salud y expatrian personal sanitario que, entre otras acciones, apoya y enseña a la población local. En este sentido hay que asegurarse de que las condiciones de transmisión del conocimiento sean las correctas pues afrontarlo de la manera adecuada reduce el sufrimiento innecesario para las poblaciones. En el sentido de evitar causar daños en las poblaciones que, la mayoría de las veces, son innecesarios e injustificados, siempre es necesario evaluar los riesgos de la actuación de manera previa en relación a los beneficios obtenidos; es necesario identificar las cuestiones éticas antes de que los problemas emerjan y evaluar con detalle, de manera previa, los programas de actuación [25, 33].

Para realizar esas actuaciones ha de haber unos criterios éticos previos y no siempre los hay. Algunos autores proponen que, en ausencia de criterios, el balance de todo consiste en encontrar razones que sustenten las creencias de que las normas morales deberían prevalecer. Así, la lógica implica basarse en los principios de beneficencia y no maldad; en los principios de igualdad y de necesidad y sin embargo no es fácil. Tomar decisiones nunca lo es y menos ante la situación de estrés que genera una catástrofe humanitaria, sea de la índole que sea [39].

Así, la dificultad de toma de decisiones se establece ante políticas referentes al papel, responsabilidad y protección de las poblaciones; ante los protocolos de seguridad y ante los mandatos que deciden si tratar una enfermedad determinada, tratar pacientes heridos de manera directa en un desastre o excluir a otros enfermos y heridos que sí necesitan asistencia. El objetivo es cómo pueden los trabajadores en el terreno contribuir con sus experiencias a marcar esas directrices [40-43].

En este sentido aparecen diversos proyectos, como el Proyecto Esfera creado en 1997, en el que se integran los principios de derechos humanos a los estándares técnicos. Fue a partir de aquí cuando se generó el Libro Esfera, como un recurso necesario para articular los derechos humanos en la asistencia humanitaria. Sin embargo, pese a los instrumentos que existen para ello, sigue existiendo el dilema ético en el que se confrontan los derechos individuales con el beneficio de la comunidad ya que, a pesar de los valores éticos como promover el respeto de las personas mientras se protege la salud pública y se busca conseguir el máximo beneficio con el mínimo daño, el mejor coste-efectividad de la ayuda y la justicia social; a pesar de que los programas de la ayuda diferencian entre disciplinas como: ingeniería civil, medicina, agronomía y leyes, dividiéndose en departamentos para intentar una mayor efectividad y eficacia en la ayuda (agua, salud, hábitat, alimentación...), seguimos con el mismo dilema: cómo coordinar los derechos y las libertades individuales con la necesidad de beneficiar a las comunidades [44, 45].

Parece necesario pues un marco en el que las decisiones y las acciones de la Acción Humanitaria se basen en un conjunto de valores comunes. Y esto tampoco es sencillo de implementar ya que uno de los principales escollos tiene que ver con que el espectro de estas organizaciones es muy variado. Algunas se basan en la imparcialidad, independencia o creencias religiosas; otras se basan en la

rendición de cuentas y la transparencia; otras en la solidaridad y defensa de los derechos humanos... etc. [22, 46, 47].

Pero, en líneas generales, todas ellas han debido basarse en el proceso de procedimiento, que asegura que las consideraciones éticas están en la toma de decisiones de los proyectos de manera adecuada. Así, siendo solo una selección, sus valores básicos se fundamentan en diez cuestiones importantes: salud, independencia, reducción de la pobreza, rendición de cuentas, humanidad, auto-financiación, transparencia, creencias, dignidad y empoderamiento. Son valores, normas o principios que pueden resultar válidos para justificar una respuesta, que pueden identificar las cuestiones éticas en el contexto humanitario y que deberían conocer aquellas personas que toman las decisiones en caso de conflicto [48].

Pero, ¿conocen bien todos los profesionales que actúan en un conflicto las normativas éticas internacionales? Según se desprende de algunos trabajos parece que no. De hecho, en el mismo realizado con participantes de ayuda en el tifón Haiyan en Filipinas, en el que se estableció una participación conjunta entre acción civil-militar se deduce que, a pesar de trabajar bien en colaboración, menos de la mitad de los profesionales que intervinieron estaban familiarizados con el uso de la normativa al respecto (*Oslo Guidelines*) y solamente el 12% pensaba que esa normativa se utilizaba para desarrollar cuestiones de Acción Humanitaria de civiles junto a profesionales militares [49].

En este sentido se abre un nuevo campo de preguntas porque, ¿quién/es se encarga/n de identificar las cuestiones éticas? ¿Quién/es se encarga/n de actuar como intermediarios entre las diferentes partes para resolver estos conflictos? ¿Quién/es financia/n a esas personas?

Podría plantearse que una solución pudiera ser que, sin financiación extra y tan solo con formación adecuada, directivos, personal sanitario, trabajadores humanitarios...etc. pudieran estar al tanto de estos temas. Así, los autores proponen que una buena opción sería que las organizaciones de Acción Humanitaria generasen una estructura ética capaz de imprimir las decisiones éticas de las organizaciones, pues quizás los principales problemas sobre el terreno sean: i) identificar esas cuestiones éticas y, ii) tomar las decisiones en este sentido, que muchas veces complican las directrices de las propias organizaciones [25].

Y es que las decisiones que se toman ante una catástrofe humanitaria suelen ser rápidas y ante ellas es necesario realizar de manera eficaz: i) una situación de análisis que implique a todos los actores, ii) describir y valorar los conflictos, iii) un examen crítico de los argumentos, iv) valorar las opciones posibles y, v) buscar la manera de hacerlo. Un proceso en la toma de decisiones bien documentado es esencial para permitir la revisión posterior de los proyectos, cuestionarse si las decisiones son o no apropiadas y, sobre todo, decidir entre las mejores opciones.

Sin embargo, a veces, durante la respuesta frente a un desastre se genera la percepción desde el exterior de que se trata de respuestas de baja calidad y la credibilidad de las organizaciones humanitarias se ve puesta en duda. Con el fin de aumentar esa calidad en la respuesta se han introducido a lo largo de los años muchos aspectos, sobre todo basados en las buenas prácticas y en la rendición de cuentas.

Pero, como decíamos al inicio, el creciente aumento de organizaciones que operan en el terreno ha generado problemas variados entre ellas. Además, se gasta mucho tiempo y recursos en sostener operaciones en el terreno, muchas de las cuales han de mantenerse por las circunstancias de la catástrofe, como ya hemos mencionado con anterioridad, durante mucho tiempo. La idea es mantener siempre que se pueda la colaboración y coordinación con las organizaciones locales, que ya actúan en la zona, con el fin de optimizar recursos. Y esto tampoco es fácil [50].

Sin embargo, también hemos de decir que no todas las organizaciones que intervienen en la Acción Humanitaria se guían por los mismos estándares de calidad, transparencia y rendición de cuentas. Llega información de algunos gobiernos de países en vías de desarrollo que hablan de organizaciones de Acción Humanitaria con "agendas ocultas. Siendo objetivos hemos de tener en cuenta que las organizaciones están formadas por personas que interaccionan con otras personas de manera que, sin querer, es fácil interferir en política nacional, cultura y/o ideología [51].

Pero también hay organizaciones con muy pocos escrúpulos que sí tienen agendas que ocultan tras un altruismo fingido y que tienen objetivos políticos, sociales o comerciales. En las noticias que, aunque no es habitual aparece con más frecuencia de la deseada, se descubren trabajadores humanitarios que, en terreno, son arrestados y acusados de traficar con niños; expulsiones de organizaciones de zonas de conflicto acusadas de atentar contra la soberanía de los estados; acusaciones de mezclar mensajes de evangelización con Acción Humanitaria y un largo etc. [52].

Algunas otras organizaciones mantienen una relación opaca, no pública, con sus donantes en relación a la utilización de los fondos, siendo acusadas de que algunos programas de ayuda están, directa o indirectamente, relacionados con las agendas de los gobiernos donde se están desarrollando sus proyectos. Todo esto ha hecho que, de alguna manera, exista una brecha de pérdida de confianza social en las organizaciones de ayuda, a lo que contribuye la ausencia de mecanismos internacionalmente aceptados para validar las credenciales de dichas organizaciones en el terreno.

Otro tema muy interesante a abarcar desde el punto de vista de la Acción Humanitaria es el de la corrupción en la emergencia algo terrible que, entre otras cosas, reduce las operaciones para salvar vidas, disminuye la calidad de los productos y servicios empleados en la Acción Humanitaria y diversifica la ayuda de aquellos que la necesitan. Todo esto sin contar además con la influencia negativa que se genera frente a la opinión pública; opinión básica ya que, como hemos mencionado a lo largo de este trabajo, mayoritariamente es la sociedad civil la que se encarga del soporte de la ayuda, tanto en el país afectado como fuera de él. En este sentido también algunos autores se han preocupado de analizar las relaciones entre las donaciones en relación con los desastres naturales, encontrando que la cantidad de dinero recaudado depende del número de fatalidades, pero no del número de supervivientes afectados por el desastre [53].

Lejos de obviar el problema, diversos autores se plantean qué se puede hacer al respecto ante situaciones de corruptela al detectar de manera clara cómo y dónde ocurre la corrupción y, sobre todo, dar pautas sobre cómo se puede identificar y combatir [54].

Una de las estrategias propuestas para ello es la de desarrollar códigos globalmente aceptados, como el Código de Conducta y desarrollar reglas claras entre las organizaciones y los estados, de manera que una organización debiera adherirse a ese código cuando va a trabajar en un país en conflicto. Mencionar que existe un registro de organizaciones (*Global Register of INGOs*) en el que éstas son expuestas de manera pública, mostrando sus objetivos, acciones, relaciones con los donantes, áreas de trabajo, expertos, recursos, número de empleados, áreas de asistencia humanitaria...etc. [55-57].

En este mismo sentido se dirigen los autores que proponen una verificación de la ética, de manera que: a) las decisiones se basen en una evidencia práctica, b) aquellas personas implicadas en la toma de decisiones estén de acuerdo con la opción planteada, siempre poniéndose en lugar de los que se benefician de la ayuda y, c) las decisiones sean relevantes, permitiendo siempre una revisión posterior de las mismas [58].

No mencionado con anterioridad, pero relacionado con todo ello, es la transparencia en la evaluación del impacto de la ayuda. Este tema, el de la evaluación, requiere un pensamiento serio porque, ¿a quién se evalúa? ¿Quién evalúa? y ¿Cómo se evalúa?

En principio las organizaciones son evaluadas por los socios, no por los beneficiarios, que suelen ser los sectores más pobres de la población (víctimas de guerra, refugiados...), personas que no están satisfechas con sus condiciones y que pueden no estar de acuerdo con la ayuda recibida, así que entonces, ¿pueden los evaluadores ignorar la opinión de aquellos que reciben ayuda? Según algunos autores evidentemente no, si tenemos en cuenta la transparencia y la rendición de cuentas [59].

En cuanto a quién evalúa, muchas veces se trata de especialistas que intentan elaborar reglas generales teóricas de acuerdo a estándares occidentales, no adaptados a contextos locales.

Sin mencionar los conflictos de intereses generados cuando se es juez y parte de manera que no hay sanciones cuando las cosas se hacen mal ya que no hay una monitorización por parte de instituciones externas. Tampoco funciona la propuesta de las autoevaluaciones que proponen

algunas organizaciones, ya que esas organizaciones con malas prácticas evitan ser evaluadas porque tienen algo que esconder. Obviamente es más difícil esconder las malas prácticas cuando se trabaja en contextos democráticos [60].

Además, a todo el mundo le interesan las evaluaciones positivas de sus actividades. Las agencias de ayuda por su imagen de eficiencia, lo cual ayuda mucho en las campañas de captación de fondos. Los gobiernos de países donantes, porque esto les ayuda a validar la aprobación de sus proyectos. Los evaluadores por sus autoevaluaciones. Algunos autores comentan que cuando se pregunta a los propios trabajadores de la ayuda, no es fácil obtener información sobre estos temas, son profesionales y todos se conocen. Los voluntarios, tienen miedo de represalias o de perder sus trabajos. Si se pregunta a los beneficiarios de la ayuda sobre cuestiones relacionadas con la corrupción o con la apropiación indebida de fondos, éstos hablan poco, porque pudiera ocurrir la interrupción de los programas y si se pregunta a los que financian la ayuda porque no quieren oír hablar demasiado sobre los fallos de los programas que ellos subvencionan [61, 62].

En cuanto al cómo se evalúa, los diferentes profesionales comentan que los indicadores de los formularios de las evaluaciones son complejos y no recogen todas las necesidades, así que las organizaciones prefieren trabajar con datos estadísticos, que no reflejan el impacto social de las ayudas. Normalmente las organizaciones de ayuda promueven análisis cualitativos que agradan a los donantes, insisten en los éxitos, esconden los fallos y exageran los impactos positivos sobre la pobreza [63].

Muchas cuestiones que mejorar todavía pero también muchas lecciones aprendidas. Evaluaciones que generan conflicto de intereses al no haber suficiente distancia crítica, pese a que las organizaciones consideran necesario realizar investigaciones independientes (internas y externas) con el fin de poder hacerlo cada vez mejor. El tema de las sanciones se ve como necesario, aunque las críticas en los medios tienen un impacto mayor que las amonestaciones repetitivas de los donantes.

Como vemos surgen conflictos en la gestión de la Acción Humanitaria que no parecen difíciles de evitar si se dota de mecanismos de regulación como la transparencia y la rendición de cuentas (*accountability*), a mi modo de ver, dos importantísimas cuestiones en las que no se debería pasar de largo. En el sentido de acceso a la información, en el establecimiento de un registro global de organizaciones de Acción Humanitaria y en que esas organizaciones firmen los códigos de conducta que existen, como por ejemplo el Código de Conducta de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja.

Y quizás, como siempre, lo más importante sean los mecanismos de prevención. Así, algunos autores, proponen seguir una serie de pasos que “a priori” parecen interesantes por su sencillez en la prevención de esos conflictos: i) una consulta pública, capaz de identificar las necesidades de la población y lo que puede hacerse a nivel gubernamental o desde la administración local de un país, ii) un proceso en la toma de decisiones basado en las razones anteriores. En este sentido el autor propone la figura de un “defensor del pueblo” capaz de arbitrar y tomar decisiones finales, iii) publicitar las decisiones, iv) una revisión constante, mientras se esté trabajando en terreno y tras completar el proyecto y, v) vigilancia mediante sistemas de regulación que aseguren que todas las condiciones se respetan [57].

Como vemos, muchos de los temas que se plantean ante una emergencia, y a la que se enfrentan a diario los trabajadores de la Acción Humanitaria, trascienden muchas veces a la propia ayuda en sí, pero son los que marcan y pautan la calidad, eficacia y eficiencia de esa ayuda. La emergencia humanitaria requiere de un trabajo ético previo y de un rango de acciones planificadas con anterioridad bien coordinadas que, en el contexto de un conflicto violento y/o el del desplazamiento forzoso de las poblaciones, siempre resulta muy complejo, cuestión que vivimos actualmente con la crisis humanitaria de refugiados que llegan a Europa [64].

Pero es nuestra obligación afrontarlo ya que de la seriedad y profesionalidad que manifestemos en el manejo de este tema, se beneficiaran de mejor manera, en calidad y cantidad, las poblaciones que necesitan la ayuda que, ante un contexto nacional e internacional tan complejo e inestable como el actual ésta, por desgracia, es cada día más numerosa.

## Referencias Bibliográficas

1. Darcy J, Hofmann C. According to need? Needs assessments and decision-making in the humanitarian sector, *HPO*. 2003; 47-52.
2. Mac Rae S, Chidwick P, Berry S, Secker B, Hebert P, Shaul RZ, Faith K, Singer PA. Clinical bioethics integration sustainability: The Hub and spokes strategy. *J Med Ethics*. 2005; 31(5): 256-261.
3. Olsen GR, Carstensen N, Høyen K. Humanitarian crises: what determines the level of emergency assistance? Media coverage, donor interests and the aid business. *Disasters*. 2003; 27(2): 109-126.
4. Gilson L, Sen PD, Mohammed S, Mujinja P. The potential of health sector nongovernmental organizations: policy options. *Health Policy Plan*. 1994; 9: 14-24.
5. Palmer N, Strong L, Wali A. Contracting out health services in fragile states. *BMJ*. 2006; 332: 718-721.
6. Bristol N. Military incursions into aid work anger humanitarian groups. *Lancet*. 2006; 367(7561): 217.
7. Court BV. The role of the military in post-conflict situations. *J R Soc Promot Health*. 2004; 124(6): 259-261.
8. Leaning J. The dilemma of neutrality. *Prehosp Disaster Med*. 2007; 22(5): 418-421.
9. Zarocostas J. Humanitarian corridors are critical for aid. *BMJ*. 2006; 333 (7573): 217.
10. Bolletino V. Understanding the security management practices of humanitarian organizations. *Disasters*. 2008; 32(2): 263-279.
11. Walker P, Hein K, Russ C, Bertleff G, Caspersz D. A blueprint for professionalizing humanitarian assistance. *Health Affairs*. 2010; 29(1): 2223-2230.
12. Rowley EA, Crape BL, Burham GM. Violence-related mortality and morbidity of humanitarian workers. *Am J Disaster Med*. 2008; 3(1): 39-45.
13. Cardozo BL, Holtz TH, Kaisser R, Gotway CA, Ghitis F, Toomey E, Salama P. The mental health of expatriate and Kosovar Albanian. Humanitarian aid workers. *Disasters*. 2005; 29 (2): 152-170.
14. Hearn A, Deeny P. The value of support for aid workers in complex emergencies: a phenomenological study. *Dis Manag Resp*. 2007; 5(2): 28-35.
15. Corley MC. Nurse moral distress: a proposed theory and research agenda. *Nursing Ethics*. 2002; 9(6): 6
16. Asgary R, Lawrence K. Characteristics determinants and perspectives of experienced medical humanitarians: a qualitative approach, *BMJ Open*. 2014; 4(12): e006460.
17. Lopes-Cardozo B, Gotway Crawford C, Eriksson C, Zhu J, Sabin M, Ager A, Foy D, Snider L, Scholte W, Kaisser R, Olff M, Rijnene B, Simon W. Psychological distress, depression, anxiety and burnout among international humanitarian aid workers: a longitudinal study. *PLoS One*. 2012; 7(9): e44948.
18. Leggat PA. Ensuring the health unsafety of humanitarian aid workers. *Travel Med Infect Dis*. 2005; 3(3): 119-122.
19. McCoy J. Military incursions into aid work anger humanitarian groups. *Lancet*. 2008; 367(7561): 271.
20. Hunt MR, Schwartz L, Fraser V. How far do you go and where are the issues surrounding that? Dilemmas at the boundaries of clinical competency in Humanitarian Health work. *Prehosp Disaster Medicine*. 2013; 28: 5.
21. De Jong S. False binaries: altruism and selfishness in NGO work. In *Inside the everyday lives of development workers: the challenges and futures of Aidland*: AM Fechter & H Hindemand (Eds.). Sterling, VA: Kumarian Press; 2011. pp. 21-40.
22. Slim H. Relief agencies and moral standing in war: principles of humanity, neutrality, impartiality and solidarity. *Develop Practice*. 1997; 7(4): 342-352.
23. O'Mathúna D. Research ethics in the context of humanitarian emergencies. *J Evid Based Med*. 2015.
24. Del Valle H, Healy S. Humanitarian agencies and authoritarian status: a symbiotic relationship? *Disasters*. 2013; 2: S188-201.
25. Clarinval C, Biller-Andorno N. Challenging operations: an ethical framework to assist humanitarian aid workers in their decision-making processes. *PLoS Currents*. 2014; 23: 6.
26. Shetty P. How important is neutrality to humanitarian aid agencies? *Lancet*. 2007; 370(9585): 377-378.
27. Banatvala N, Zwi AB. Conflict and health: public health and humanitarian interventions: developing the evidence base. *BMJ*. 2000; 321(7253): 101-10538.
28. Asgary R, Junck E. New trends of short term humanitarian medical volunteerism: professional and ethical considerations. *J Med Ethics*. 2013; 39(10): 625-631.
29. Fink G. Determinants of international emergency aid-humanitarian need only? *World Develop*. 2011; 39(5): 741-757.
30. Bordeaux M, Kerry V, Haqquermiller C, Nickel K. *Confl Health*. 2015; 13: 9-14.

31. Mazurana O, Benelli P, Walker P. How sex and age-disaggregated data and gender and generational analyses can improve humanitarian response. *Disasters*. 2013; 37(1): s68-s82.
32. Gursky EA, Borkle FMJr, Hamon DW, Wilker P, Benjamin GC. The changing face of crises and aid in the Asia-Pacific. *Biosecur Bioterror*. 2014; 12 (6): 310-317.
33. Tan YSA, von Schreeb J. Humanitarian assistance and accountability: what are we really talking about. *Prehosp Disaster Med*. 2015; 30(3): 254-270.
34. Leaning J, Spiegel P, Crisp J. Public health equity in refugee situations. *Confl Health*. 2011; 5: 6.
35. Cornish S. Doctors without borders Canada's three conflict to watch in 2014. Huffington Post Blog, 2013.
36. Daniels N. Accountability for reasonableness. *BMJ*. 2000; 321 (7272): 1300-1301.
37. Tolchin B. Human rights and the requirement for international medical aid. *Dev World Bioeth*. 2008; 8(2): 151-158.
38. LListar Bosch D. Anticooperación: interferencias Norte-Sur: los problemas del Sur global no se resuelven con más ayuda internacional. Ed. Icaria; 2009. pp. 320.
39. Hunt MR, Sinding C, Schwartz L. Tragic choices in humanitarian health work. *J Clin Ethics*. 2012; 23 (4): 338-344.
40. Beauchamp T, Childress J. *Prin Biomed Ethics*. Oxford University Press, 2009.
41. Fassin D. Humanitarianism as a politics of life. *Public Culture*. 2007; 19(3): 499-520.
42. Orbinski J. *An imperfect offering: humanitarian action for the twenty-first century*. Toronto: Doubleday Canada, 2008.
43. Roth S. Dealing with danger: risk and security in everyday lives of aid workers. In, *Inside the everyday lives of developmental workers: the challenges and futures of Aidland*. AM Fechter & H. Hindeman (Eds.). Sterling, VA: Kumarian Press; 2011. pp. 151-168.
44. Ford N, Zachariah R, Mills E, Upshur R. Defining the limits of emergency humanitarian action: where, and how, to draw the line? *P Heal Ethics*. 2010; 3(1): 68-71.
45. Ouyang H, Vanrooyen M, Gruskin S. The sphere project: next steps in moving toward a rights-based approach to humanitarian assistance. *Prehospo Disaster Med*. 2009; 24(3): 147-152.
46. Holland, S. *Public Health Ethics*. Polity Press Cambridge; 2007. pp 188.
47. Hamoff-Travel M. Neutrality and impartiality: the importance of these principles for the International Red Cross and the Red Crescent Movement and the difficulties involved in applying them, 1989; 29 (273): 536-552.
48. Clarinval C. Humanitarian values: a neglected debate. Proceedings of the 3rd ICMM Workshop on Military Medical Ethics. *Bern BPL*. 2014; 65-75.
49. ECHO. Humanitarian aid and civil protection. 2014.
50. Bolletino V. Civil-Military Engagement: an empirical account of Humanitarian perceptions of Civil-Military coordination during response to Typhoon Haiyan. *Disaster and Med Pub Health Prep*. 2015; 10: 1-4.
51. Subbarao I, Wynia MK, Burkle FMJr. The elephant in the room: collaboration and competition among relief organizations during high-profile disasters. *J Clin. Ethics*. 2010; 21(4): 328-334.
52. Fische WF. Doing good? The politics and antipolitics of NGO practices. *Annu Rev Anthropol*. 1997; 26: 439-464.
53. Lampman J. A crusade after all? Plans of come Christians to evangelize as they offer aid pose dilemma for Iraqi reconstruction. *Chris Sci Monitor*. 2003.
54. Evangelidis I, Van der Bergh B. The number of fatalities drives disaster aid: increasing sensitivity to people in need. *Psychol Sci*. 2013; 24(11): 2226-2234.
55. Schultz J, Søreide T. Corruption in emergency procurement. *Disasters*. 2008; 32(4): 516-536.
56. Hilhorst D. Dead letter or living document? Ten years of the Code of Conduct for disaster relief. *Disasters*. 2005; 29: 351-369.
57. Pfeiffer J, Johnson W, Fort M, Shakow A, Hagopian A, Gloyd S et al. Strengthening health systems in poor countries: a code of conduct of nongovernmental organizations. *Am J Public Health*. 2008; 98: 1234-1240.
58. Jayasinghe S. Erosion of trust in humanitarian agencies: what strategies might help? *Global Health Action*. 2011; 4: 8973, 1-4.
59. Petrini C, Gainotti S. A personalist approach to public-health ethics. *Bull World Health Oxford University Press*; 2008. pp 45.
60. Wenar L. Accountability in International development aid. *Ethics Internat Affairs*. 2006; 20(1): 1-23.

61. House E. The role of the evaluator in a political world Canadian. *J Progr Eval.* 2004; 19(2): 1-16.
62. Pérouse de Montclos MA. Humanitarian action in developing countries: who evaluates who? *Eval Progr Plann.* 2012; 35: 154-160.
63. Riddell R. Does foreign aid really work? Oxford: Oxford University Press, 2007.
64. Rich S. Africa's village of dreams. *The Wilson Quarterly*, 6, 2007.
65. Pottie K. Health equity in humanitarian emergencies: a role for evidence aid. *J Evid Based Med.* 2015.

© 2017 por los autores; licencia MDPI, Basel, Switzerland. Este artículo está distribuido en acceso abierto bajo los términos y condiciones de Creative Commons by Attribution (CC-BY) licencia (<http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>).

